

LAS CIENCIAS ANTE LA VIOLENCIA*

Santiago Genovés**

No me contéis más cuentos / que vengo de muy
lejos y sé todos los cuentos / que no quiero que
me arrullen con cuentos / que no quiero /
que no quiero / que no quiero / que me sellen la
boca y me cierren los ojos con cuentos / que no
quiero / que no quiero / que no quiero / que
me entierren con cuentos.

León Felipe

QUIERO agradecer a mi maestro, y digo a mi maestro porque aunque no tuve el privilegio de ser tu alumno, querido Adolfo, profesor emérito de esta Facultad, lo he sido indirectamente como lo somos de otros, y aparte de tus magníficas aportaciones en Ética y en Estética, eres un hombre que se ha dedicado, por un lado, al pensamiento y, por el otro, a la práctica. Posiblemente ninguno de los que están aquí, o muy pocos, saben que él fue maestro de los niños de Morelia, quienes llegaron aquí en un gesto bello y simbólico para salvarlos de la guerra "incivil" española. Él estuvo a cargo de una de las casas (o residencias) de los niños de Morelia, producto de la violencia que hubo en España.

Casi al mismo tiempo que en esta Facultad se realiza esta serie de mesas redondas, la Sociedad Psicoanalítica Mexicana y la Sociedad Psicoanalítica Internacional han celebrado un coloquio sobre la violencia, que terminó el viernes pasado. Me parece muy bien que nos ocupemos nuevamente de ella.

He leído los versos de León Felipe y los traía aquí con su libro por si alguien luego quiere tomar los datos bibliográficos. Digo

* Transcripción autorizada de la grabación de la ponencia.

** Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas y profesor emérito de la UNAM.

esto porque en media hora poco podré decir. Estuve no hace mucho en Caracas, Venezuela, donde —no es presunción decirlo—, se ha establecido inmerecidamente en la Universidad Central la Cátedra “Santiago Genovés”, y di cincuenta y seis horas de clase a todos los alumnos de doctorado de la Universidad Central, sobre la violencia. Había muchos directores de facultades, de centros de investigación y algunos otros que no habían hecho el doctorado.

Quiero dejar bien en claro que la ciencia, para ser ciencia, no puede ser ciencia aislada; que la ciencia aislada, no es ciencia. Eso es estar corriendo como los caballos en el hipódromo con unas viseras muy científicas pero totalmente deshumanizadas y apartadas de otros conocimientos. El conocimiento científico es sólo una parte de la búsqueda del conocimiento, pero estamos acostumbrados a creer que la ciencia, que es posiblemente la mejor manera de transmitir conocimiento, es la nueva religión (yo soy de la ciencia, pero la ciencia si se aísla, se queda fuera, *out*). Os voy a dar dos ejemplos; uno del periódico de ayer. No se si estáis enterados de que el gran Kasparov, de treinta y seis años de edad, campeón mundial de ajedrez, le ganó hace dos años a una computadora por seis a cuatro. Ahora van (no he leído el periódico de hoy), uno a uno, porque la computadora está muy arreglada y tiene unos doscientos científicos detrás y mucha gente. Kasparov ganó la primera partida y antes de ayer perdió en cuarenta y cinco movimientos contra. La computadora se llama *Deep Blue*. Uno de los grandes, si no el científico más grande de toda nuestra historia, es Einstein. Poco antes de morir (murió en 1955), dijo que nuestro progreso tecnológico tan alabado y, en general, el avance de la civilización, podría ser comparado a un hacha en manos de un criminal patológico.

Voy a ir, lo más que pueda en este breve tiempo, a lo que no quiere León Felipe: que nos entierren con cuentos. Pues bien, hay mucho cuento en esto de la violencia. Hay uno fundamental del que quiero hablar aquí. Se habla de orden y caos. No me voy a referir a razón y sinrazón, que conocéis mejor que yo: al *Asalto de la razón* de Lukács, con todas las críticas que se le puedan hacer; a *Sentido y sinsentido* de Merleau Ponty, que conocéis mejor que yo y a *Feyerabend*, el del *Tratado contra el método*.

Pero sí me referiré porque es un mexicano, al gran Eduardo

Césarman, uno de los más grandes cardiólogos, que tiene un libro no fácil de leer, *Entropía, orden y caos*.

En este libro nos muestra muchas cosas que tienen que ver con la violencia. Os lo resumo en dos palabras, y no es presunción. Un día le dije a Henry Stapp (profesor de Berkeley y Premio Nobel de Física Teórica): explícame eso del orden y caos, y me dijo: mira Santiago, el orden es una casualidad aleatoria, la normalidad es el caos. Bueno, esa normalidad está por aquí flotando. Por otra parte, tenemos esas parcialidades; para referirme a hoy, tenemos a estos señores que quieren gobernar el Distrito Federal, elegidos por el pueblo. Uno de ellos se refiere a que el problema es demográfico..., otro dice que estamos destruyendo la naturaleza, olvidando, como sucede frecuentemente, que somos parte de ella, que la naturaleza no está ahí y nosotros aquí. Todo eso crea violencia. Voy a ir hacia adelante diciendo dos o tres cosillas, pero ciñéndome a una de las cuatro leyes fundamentales, que tenemos en ciencia, sobre lógica y método. Ahorro tres de ellas y me voy directamente a la Ley de Occam, también conocida como la navaja de Occam, el escolástico inglés del siglo XIV, conocido como el Doctor Invencible. Occam nos dice, en lógica y metodología de la ciencia, que de dos soluciones igualmente válidas a un problema, la más sencilla es la que tiene precedencia.

Voy a tratar de seguir la Ley de Occam. Se trata de tres o cuatro cosillas que no puedo desarrollar desde luego, pero sí mencionar. En primer lugar, que la búsqueda del conocimiento es un concepto y un proceso más amplio que la búsqueda del conocimiento científico. En segundo lugar, que esa objetividad (de la que presumimos todo el tiempo los científicos) es, entre filósofos, una invención intersubjetiva del hombre y, si queréis, utilizaremos una expresión simpática y verdadera de alguien que estuvo en esta Facultad de Filosofía y Letras hace muchos años, el gran José Bergamín. Pues bien, decía Bergamín, seseando porque era malagueño: "si me hubieran hecho objeto, sería objetivo, pero me hicieron sujeto". En tercer lugar, en contra de lo que piensa prácticamente todo el mundo, la ciencia no nace de la certeza, sino de la ambigüedad y la duda. Mal científico será el que crea que tiene la verdad; hay que ser mucho más cauto en la ciencia y, si queréis, porque está de moda y qué bien que lo esté. El querido amigo Augusto Monterroso, que también pasó por esta Facultad,

y que, como sabéis es más bien pequeñito como yo, más pequeño que yo, nos dice en alguna parte: "soy tan pequeño, tan pequeño, que no me cabe la menor duda".

Bueno eso es ser pequeño: creer que la ciencia puede dárnoslo todo. La ciencia, tal como la concebimos hoy, empezó seguramente hace trescientos cincuenta años con Descartes, con *El discurso del método* que todos hemos leído en secundaria o preparatoria. Se olvida que también el bueno de Descartes nos dio el *Tratado sobre las pasiones del alma* y que tenemos alma, si no seríamos unos desalmados.

La ciencia olvida, no vosotros, olvida continuamente lo cualitativo para irse sobre aquello que podemos medir, pesar y calibrar. Los científicos entonces estamos muy contentos, pero olvidando lo cualitativo. Se le olvida con frecuencia. Pero ahora me voy con vosotros, con la filosofía, con el principio de incertidumbre de Heisenberg. Afortunadamente, vuestra directora, la doctora Juliana González, se ha ocupado mucho de él. También, otro que fue maestro de esta Facultad, Jaime Labastida. El principio de incertidumbre de Heisenberg es fundamental no sólo en Física cuántica, en donde se utiliza como el pan nuestro de cada día, sino que también es imprescindible, en vosotros, para entender la violencia. Entender (no me extendo) que teníamos un cerebro; luego llegaron Broca y Wernicke y otros. Entendimos entonces que existen localizaciones cerebrales que tienen que ver con nuestro comportamiento. Sabíamos, en lo fundamental, que tenemos aquí el neocórtex que nos hace *homo faber*. (A *homo sapiens*, desde luego no hemos llegado, pues no estaríamos aquí si fuéramos *homo sapiens sapiens*). Tenemos, asimismo, el mesencéfalo, el cerebro mamífero generalizado y digamos luego el rinencéfalo, el de las serpientes, el del olor (por cierto las serpientes no huelen con la nariz, huelen con la lengua, por esto todo el tiempo están sacando la lengua). Entendimos que teníamos un sólo cerebro, pero llega Sperry (al que luego le dieron el Nobel) y nos dice que tenemos dos cerebros, que es lo que sigue en gran parte de moda: el cerebro derecho, el holístico, el imaginativo, el intuitivo y el cerebro izquierdo, que es el lógico y el de la razón.

Pero en investigaciones posteriores, y esto es muy reciente, se dice que tenemos un cuerpo caloso, que es el de la sustentación del neocórtex, que es de un material vulgar, un cuerpo caloso,

y creíamos que eso se paraba ahí. No se tiene seguridad hoy si es a través de las dendritas que se extienden no sólo para abajo sino también por los lados, como los hilos de una telaraña. O sea: que de la misma manera que tenemos comunicación constante de arriba para abajo, así como de abajo para arriba, tenemos comunicación constante entre el cerebro derecho y el izquierdo; esto es, que somos por un lado razón y lógica y, por el otro emociones, pasiones y sentimientos, que tienen en la razón una parte x . Escondemos estas emociones, pasiones y sentimientos porque lo que priva es la razón y la lógica, pero en nuestra breve vida, aunque avanzamos — si es que avanzamos — gracias a la razón y a la lógica, vivimos para las pasiones, las emociones y los sentimientos. Os voy a dar una prueba científica de ello: si Einstein reviviera mañana y llegara aquí, tal vez, llenaría el Palacio de las Bellas Artes. Creo que un alto porcentaje de los que irían, sería para decir yo estuve ahí, yo lo vi. Digo el Palacio de Bellas Artes; pero la Yuri o la del Pelo Suelto o Maradona llenan el Estadio Azteca. O sea: las pasiones, emociones y sentimientos juegan un papel fundamental en nuestra vida y no reconocerlo, da origen a mucha violencia.

Por otro lado, la ciencia se basa fundamentalmente en la estadística; de ahí la importancia de las computadoras. La estadística nace con Pearson a finales del siglo pasado; luego viene, tal vez el más grande, Fisher (del que fui alumno), después viene Mukenjee Rao y Trevor, y más tarde el gran Von Neumann, el de la teoría de los juegos, Morgestern, el “dilema del prisionero”, etcétera.

Las estadísticas siguen siendo lineales pero la vida no es lineal. Nos olvidamos que hay investigadores como D'Arcy y Thompson en los que se basa el gran físico matemático, Penrose, para darnos unos procesos de análisis y aproximaciones en los que entra lo cualitativo.

Y seguimos en estas cosas de violencia, así como en muchas otras desde la ciencia, dirigiéndonos linealmente, olvidándonos de “la razón de la sinrazón que mi razón no alcanza” como nos dice *El Quijote*, con tanta verdad como cualquier afirmación científica demostrable. Voy, o trato de ir, hacia la ciencia, pero hacia la ciencia amplia.

Decía Borges, el escritor más grande de América Latina (el más grande para mí por lo menos) y de España también. “Qué breves

son los años y qué largas son las horas". O, si queréis, acercándonos a nuestro país para ser más prácticos, veamos lo que dice el ingenioso Carlos Monsiváis cuando le preguntaron: "¿Oiga maestro, usted a qué generación pertenece?", y Carlos contestó: "En México no hay generaciones, hay sexenios". Lo cual tiene que ver con nuestro ahora, que es la violencia. Si estuviera con científicos me iría por otro camino. ¿Cuál es el proceso más esencial para la supervivencia de la especie? Que nos enamorem, pues si no se hubiesen enamorado nuestros padres y nuestros abuelos, aquí no estaría nadie. Por ese proceso (el más irracional de todos los procesos) estamos aquí, sentaditos. A mí me gusta mucho el flamenco, la copla flamenca como ésta: "Ayer me dijo Pascual / que se casó con Inés / no fue por interés / sino por el capital". Aunque estadísticamente despreciable, puede suceder por ahí, en las Lomãs o en el Pedregal alguna vez. Pero: "La ciencia con ser la ciencia / no me sabe a mí decir / por qué yo te quiero tanto / y no me quieres tú a mí / Estamos en la Facultad de Filosofía y Letras y si quereis, porque nos gusta he aquí otra copla: "Eres la iglesia más grande / eres la plaza mayor / donde todo el mundo entra / todo el mundo menos yo". Ese yo, es fundamental y aquí entre filósofos, sabéis que Ortega y Gasset, en cierta ocasión escribió: "Bueno, todas estas cosas de mi filosofía están muy bien, pero cuando a mí me duele un diente, es mi diente".

Estoy yendo a lo que vine a deciros con León Felipe: que no nos cuenten más cuentos. No es Jaime Sabines, no es López Velarde, no es sor Juana Inés de la Cruz, quien nos dice: "La imaginación es más importante que el conocimiento". Es Einstein, el que corrige a Newton (la manzanita que cae y le da en la cabeza): la gravedad era la constante en físico matemáticas y luego Einstein nos dice que no, que es la velocidad de la luz y en eso se basa toda la físico-matemática actual. Tiene una que en inglés dice: "Gravitation can not be made responsible for people falling in love".

Medawar lo dice muy bien y será lo único que voy a leer. Sir Peter Medawar, es el que hizo posibles los trasplantes y que no haya antipatía al hacer trasplantes. Es el que da lugar a este Barnard, del que habéis oído hablar, el gran cirujano que hizo los primeros trasplantes de corazón y que, entre paréntesis, tuvo sus amoríos con Gina Lollobrigida. Pues Medawar me escribía hace

años algo tan bien escrito que os lo voy a leer para continuar con el tema de la violencia:

Todos los adelantos en el campo de la ciencia a todos los niveles comienzan con una aventura especulativa, con una preocupación imaginativa de lo que pudiera ser cierto, preocupación que siempre necesariamente va un poco más allá, a veces mucho más allá de aquéllo para lo que poseemos autoridad lógica o de hecho para creer en ello; son la invención de un mundo posible de una pequeña fracción de ese mundo. Se expone luego la conjetura a la crítica con el fin de averiguar si ese mundo ideado se parece o no al real, a la realidad. El pensamiento científico es, por lo tanto, en todos sus niveles, la integración entre dos tiempos de pensamiento, un diálogo entre dos voces; una imaginativa y otra crítica de sí misma. Así, si usted quiere Santiago, es un diálogo entre lo posible y lo actual, entre proposición y posibilidad, entre conjetura y criticismo, entre lo que pudiera ser cierto y lo que es cierto en realidad. Dentro de esa concepción del proceso científico, la imaginación y la crítica se combinan íntegramente. La pura imaginación sin crítica, puede constituir no más que la profusión cómica de nociones grandilocuentes y tontas. Pero el puro razonamiento crítico por sí solo, es estéril.

Hay que estar conscientes de esto (es lo que vengo diciendo). Lo otro muy breve que voy a leer es que para poder entender tenemos que estar en la transdisciplinariedad, que no tiene nada que ver con el enciclopedismo, y que a mí me gusta más y mucho más que la interdisciplinariedad. Es más suave que ésta, es un ir de un lado a otro, algo más fluido.

Basarab Nicolescu, que es el presidente del Centro Internacional de Investigaciones y Estudios Transdisciplinarios, nos da esta definición de la transdisciplinariedad que es fundamental para entender la violencia: "La transdisciplinariedad es un nuevo acercamiento científico, cultural, espiritual y social; se ocupa de lo que existe a la vez entre las disciplinas a través de las disciplinas y más allá de toda disciplina. Su finalidad es la comprensión del mundo presente del que uno de los imperativos es la unidad del conocimiento. Quien no vaya hoy por ahí en la búsqueda de conocimiento, pienso que, realmente, no va a llegar muy lejos".

Estábamos concretamente con el tema de la violencia; estábamos con el querido Desmond Morris de *El mono desnudo*; es-

tábamos con Erich Fromm (*La anatomía de la destructividad humana*), que tuvo mucha influencia en nuestro país, y con una serie de gentes más. No obstante la médula del estudio científico es que se corrige cuando hay nuevos aportes. A Shakespeare no lo corrige nadie, ni a Juan Rulfo; se les podrá reinterpretar, pero no corregir; en cambio la ciencia se corrige constantemente.

Estábamos con que la violencia era como una batería que necesariamente se tiene que descargar a través de estos grandes hombres de ciencia. También estábamos con Adrey (*El imperativo territorial*) que no era un gran científico. En fin, se pensaba que la violencia era algo así como el crecer, o el dormir; todos crecemos nos guste o no, aunque unos sean más chaparros pero se crece, se duerme, se sueña. Es propio de todos soñar, saciar la sed, el instinto de beber agua, el hambre, hacer nuestras necesidades, el instinto sexual a Dios gracias, porque si no, no estaríamos aquí. En fin, se pensaba que la violencia era algo así como una batería que se tiene que descargar y que está dentro de nosotros; o sea: que la violencia es innata en el hombre y en el resto del mundo animal. Pero, una serie de gentes — yo fui el motorcito — se reunió en un simposium muy especializado sobre “Cerebro y agresión”. Habíamos cambiado trabajos, opiniones, entre etnólogos, sociólogos, filósofos, bioquímicos, etólogos neurólogos, genetistas, psicoanalistas, psicólogos, psiquiatras, etcétera. Nos reunimos en ese simposium, sobre cerebro y agresión, y produjimos la primera y única, hasta ahora, *Declaración sobre la violencia que tiene cinco puntos fundamentales*.

1. Que la violencia (en contra de lo que se pensaba) no está genéticamente determinada.

2. Que no nos viene de nuestro pasado animal (hay una confusión enorme entre lo que es intra e interespecífico).

Aquí se ha hablado, en otras sesiones, de “la ley de la selva”, de “el hombre lobo del hombre”: Pobres lobos; se comen a los corderitos y a las gallinas, pero no se matan entre sí y se confunde así lo intra con lo inter.

Nosotros tomamos tranquilamente un *sandwich* de jamón o unos huevitos o nos alimentamos del maicito, que también tiene vida, pero ni los leones, ni los tigres, ni los tiburones, ni los alacranes atacan en el sentido humano (comen, que es otro asunto). O sea: que la violencia no nos viene de nuestro pasado animal.

3. Que en el proceso de la evolución no ha habido una selección mayor hacia el comportamiento violento que hacia otros tipos de comportamiento.

4. Que no hay, en el cerebro, un lugar para la violencia, lugar que sí lo hay para una serie de otras cosillas.

5. Que no es hereditaria.

Todo esto ya ha sido adoptado por más de cien sociedades científicas internacionales y por la UNESCO. O sea: que la violencia no está dentro de nosotros. La violencia es un proceso cultural. Nos entrematamos por diferencias religiosas, políticas, económicas, de concepción de la vida, de interpretación de la historia, de las tradiciones y a veces hasta del folclor. Eso es algo semejante o casi, a lo que se nos decía: que el Sol gira alrededor de la Tierra. Pero la Tierra gira alrededor del Sol y además se mueve (Galileo). Digo esto y hago énfasis porque en México no hemos hecho ningún estudio o encuesta al respecto, aunque sí se ha hecho en muchos países a nivel de la calle, de colegios y de universidades. Si hacemos una encuesta, en México el resultado será igual: entre el 75 y el 85% piensan que la violencia es innata; que siempre ha habido guerras y violencia y que siempre las habrá. Pero lo cierto es que no es así. Hoy sabemos perfectamente, gracias a la prehistoria, la paleontología, y la arqueología, que paradójicamente esa violencia que tenemos hoy —cuarenta y dos conflictos bélicos en el planeta y cerca de cuatrocientos desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, y se llama Segunda porque hubo la Primera—, que la violencia que más nos interesa, la violencia generalizada e institucionalizada, o sea: los cuarenta y dos conflictos bélicos de hoy, comienzan paradójicamente con la gran revolución del hombre que no es ni la Francesa, ni la China, ni la Mexicana, ni la Rusa, ni la Cubana, ni el 68.

La gran revolución del hombre es la Revolución Agrícola, cuando por primera vez —hace siete mil años nada más—, nos inclinamos a pensar, y pensamos, qué hacemos aquí, de dónde venimos y a dónde vamos. Cuando tenemos el maíz y los alimentos como si fueran el Rey Midas de la posterior cultura griega; ya no seguimos siendo cazadores y ¡ajo! recolectoras; se dice generalmente, cazadores y recolectores.

Los hombres estaban ganándose el pan nuestro de cada día, matando ratones o lagartos o bisontes o lo que se pudiera y en ese

momento se da la Revolución Agrícola —siete mil añitos en números redondos—, con la que surgen los grandes imperios, las grandes religiones, los grandes ejércitos y, con todo ello, *comienza la violencia generalizada e institucionalizada*.

Antes de eso, antes de los cuatro millones de años que tenemos de posición erecta y de los dos millones de años en que teníamos la posibilidad del habla —si hablaban o no, no lo sabemos—, no había violencia generalizada o institucionalizada. Se daban unas cachetadas, había desavenencias menores pero no teníamos violencia: la violencia “a lo bestia”, como se dice en España.

Pues bien, esto es lo que quería decirlos. Insisto, haced la encuesta aquí en la UNAM y veréis que se responderá: “siempre ha habido guerras y siempre las habrá” y “el lobo es el lobo del hombre”, etcétera. Pobres lobos que cazan corderitos pero que no se matan entre ellos, como no se matan los tiburones ni se matan los leones entre sí, intraespecíficamente. Los únicos animales que matan en masa a sus semejantes somos nosotros. El resto de los animales no lo hace, excepto dos o tres ejemplos que, en el fondo, confirman la regla.

Hoy viven más de cuatrocientas mil especies en el planeta y no se matan entre sí; o sea, el gato se come al ratón y el ratón a las cucarachas y las cucarachas a las moscas y las moscas a las larvas, etcétera, pero las moscas no matan a las moscas, ni tampoco los alacranes a los alacranes.

Algo que se ha dicho en esta mesa, es que la inhibición lleva a la frustración, y la frustración lleva a la agresión. El tigre, el tiburón y la serpiente no atacan en el sentido humano: comen, que es otro asunto.

¿Desde cuándo tenemos violencia? En contra de lo que se piensa, que la violencia siempre ha estado dentro de nosotros, todos habéis leído a la buena amiga Jane Godall, la que se metió (mujer además) con los chimpancés y se quedó ahí sentadita entre ellos. Hoy sabemos mucho más sobre los chimpancés, que son los más cercanos a nosotros en genética y en comportamiento. Se creía, hasta ella, que cuando se encuentran dos grupos de chimpancés empiezan a armar un gran escándalo y un gran griterío; el observador huía entonces, pero esta gran Jane se quedó sentada. Hoy sabemos que estos dos grupos de chimpancés arman un lío enorme, como lo arma un grupo de mexicanos que se encuentran en

Madrid; arman un gran escándalo porque se platican de donde son: "yo soy de Sonora y yo soy de Sinaloa, bravo hombre", etcétera.

No se matan entre sí; esto es etología pura. Sí nos matamos nosotros y esto no lo hace ningún otro animal. Se me ocurre, porque se ha mencionado aquí eso de la supervivencia del más apto, que yo debí haber tocado con el tema de la evolución, pero hoy no hay tiempo.

Todo esto está mal entendido. La supervivencia del más apto no es la del más fuerte. Cassius Clay o Tyson o nuestro Julio César Chávez nos pueden dar de bofetadas a todos. Pero no son los más aptos. La supervivencia está dada por el número de genes que demos al *pool* genético de la generación siguiente. Así, Julio César Chávez que ya está en decadencia, tiene un hijo pero si tú tienes siete, tú eres siete veces más apto para la generación siguiente. O si quieres biología pura, digamos: "Si los fuertes estuvieran siempre luchando entre sí, serían los débiles los que sobrevivirían y heredarían, si no a la Tierra, al menos a las viudas de los fuertes". Eso es biología pura; la supervivencia está dada por la fertilidad diferencial.

Cuando hay un desfase entre manos, cerebro y piedritas (ojo las piedritas son las que hacen que la cultura sea posible cuando nos salimos del nicho ecológico en que la naturaleza nos había colocado); o sea cuando ya no somos sólo biología, y tenemos otras cosillas. Pues bien, cuando humanismo, ciencia y tecnología no van en armonía, tenemos *violencia*.

Uno de los grandes hombres que aquí vinieron y que aquí en parte se hizo, fue Emilio Prados, porque sin ser filósofo (el maestro Sánchez Vázquez, lo conoció muy bien y yo también al igual que Federico Álvarez), hablaba de literatura y violencia. Gran poeta. Todo lo que yo os he dicho y dicen librotos y más librotos, seminarios y conferencias, nos lo dice Emilio Prados en cuatro líneas con la intuición de la poesía

No es lo que está roto, no
el agua que el vaso tiene
lo que está roto es el vaso
y el agua al suelo se vierte.